

JIMENO HERNÁNDEZ DROULERS

El secuestro de Di Stéfano

*Cuando la guerrilla venezolana
capturó a la Saeta Rubia*

Prólogo de MIGUEL ÁNGEL LARA

ÍNDICE

- Prólogo. *Miguel Ángel Lara*, 9
1. El huésped del Potomac, 17
 2. Lo que vio Purita, 24
 3. De hotel a cuartel, 29
 4. El señor presidente, 35
 5. Horas desaparecido, 39
 6. Los cinco segundos más largos de su vida, 44
 7. Paulito, 50
 8. Una tarde para el olvido, 62
 9. La noche del sábado, 66
 10. Serenidad, 70
 11. La noticia recorre el mundo, 73
 12. La resaca, 78
 13. Al estadio, 84
 14. El partido, 89
 15. La batalla del domingo, 95
 16. Estas cosas solo me pasan a mí, 105
 17. La rueda de prensa, 113
 18. Preso en La Bermeja, 121

19. La charla del presidente, 123
20. Mañana será otro día, 126
21. El duelo del miércoles, 132
22. Un gesto de valentía, 137
23. Hasta nunca, Venezuela, 151
24. El regreso a casa, 157
25. El sueño de la sexta, 160
26. Ocaso en Sarrià, 171
27. El artista, 180
28. El narrador y el comentarista, 186
29. Un capítulo turbulento, 196
30. Entrar por la puerta grande y salir por la de atrás, 204
31. El cambio, 211
32. Años dorados, 216
33. Un golpe al golpista, 220
34. Tiempos de revolución, 228
35. Un corazón roto, 236
36. Los años rojos, 245
37. La última celebración, 255
38. El adiós de Lázaro, 258
39. Domingos que son martes, 261
40. El hermanazo, 271

PRÓLOGO

Miguel Ángel Lara

EL DOMINGO 1 DE agosto de 2004 hacía calor en Madrid. Mucho, como es normal. Yo estaba en la redacción de *Marca*, donde trabajo desde marzo de 1996. Era una tarde tranquila, de pretemporada. El primer fin de semana de agosto, la redacción medio vacía. En mi sección, la de Real Madrid, la jornada se presentaba plácida. Faena de aliño. El equipo estaba de gira veraniega en Japón, había jugado a primera hora de la mañana de España, ganado 0-4 a un equipo de Tokio y Zidane había marcado un gran gol. Por lo tanto, la tarea de ese día era pan comido: crónica del partido, ajustar textos de los enviados a Asia y algo de actualidad en torno al fichaje que reclamaba Camacho, entrenador del equipo, para el centro del campo: el francés Patrick Vieira o el español Xabi Alonso.

En esa placidez veraniega andaba yo cuando mi redactor jefe, Enrique Marín, se sentó a mi lado. «Miguel, mañana te vas a Mónaco con Di Stéfano. Le dan no sé qué premio y nos invitan al acto y ellos pasan las fotos. Por la mañana te pasas, recoges los billetes y te vas a Barajas». «Vale», contesté. Eso fue lo que dije. Por dentro era otro cantar. «¡Joder!», clamé para mí. Di Stéfano. La leyenda. El genio. El ídolo de la generación de mis abuelos. El monstruo. El ogro.

Porque lo primero que se me vino a la cabeza fue la imagen de unos meses atrás. Aprovechando que la selección española estaba concentrada en Las Rozas, en su ciudad deportiva, la Federación

Española había organizado un acto con veteranos de cara a la Eurocopa que ese verano se iba a jugar en Portugal. Dio la casualidad de que el día antes se había disputado un derbi madrileño, un partido siempre picante. Era una buena mañana para buscar reacciones de viejas glorias de los dos equipos. Allí fuimos decenas de periodistas con esa intrépida misión. Como no podía ser de otra manera, don Alfredo era uno de los invitados. En un momento dado se quedó solo. Sentado en una silla, garrota en mano, dando golpecitos en el suelo. Como un gran patriarca gitano.

Armados de valor, unos cuantos nos acercamos a la Saeta a preguntarle por el partido. Al «buenos días, don Alfredo» nos respondieron dos golpes seguidos de garrota al suelo. El más lanzado se atrevió:

—¿Cómo vio el partido, don Alfredo?

—¡Sentado! ¿Cómo lo iba a ver si no?

Y no sacamos más.

En 2004, Internet no era lo que es ahora, pero daba como para saber en dos pasos qué premio le daban a Di Stéfano. El año anterior se había inaugurado el Paseo de los Campeones. La idea era que cada verano acudiesen varias leyendas a dejar grabadas sus huellas en el paseo marítimo. Los primeros habían sido Maradona, Fontaine, Rivera y Eusebio. Ese año, los elegidos fueron Di Stéfano, Zoff y Platini. La Saeta tenía que haber estado en el estreno, pero...

El lunes 2 de agosto me presenté en la redacción. Me dieron los billetes de avión, el bono del hotel, un sobre con el dinero de las dietas internacionales y el programa que había enviado la organización. Incluía una cena en el Casino de Montecarlo a la que asistirían los premiados y el príncipe Alberto de Mónaco. Por suerte, ponía que para la prensa no hacía falta traje, pero sí camisa y zapatos. Llevaba las dos cosas.

Con el recuerdo del «¡Sentado! ¿Cómo lo iba a ver si no?» y la advertencia de mis compañeros más veteranos de que «el viejo» era un Miura me fui al aeropuerto. Iba de todo menos tranquilo. Por delante tenía tres días en los que, más allá de cubrir el acto, debía

conseguir más cosas para publicar. Sobre Di Stéfano contaba con que hubiera una rueda de prensa o algo para tener palabras suyas, porque con lo que había vivido y me habían contado daba por hecho que en cuanto me presentaran me iba a llevar un garrotazo verbal para que no me acercase más. Viendo la lista de invitados, marqué al checo Pavel Nedved, ganador del último Balón de Oro, como gran objetivo.

El vuelo a Niza salía de la Terminal 3, la más pequeña. Daba por hecho que Di Stéfano ya estaría en Mónaco y que habría volado en un avión privado o un vuelo especial. Pero allí estaba. Cuando entré a la zona de espera del vuelo de Iberia lo vi sentado frente a la puerta de embarque. Solo. Y no se le acercaba casi nadie.

Me senté en un lateral, para vigilarlo. Suponía que alguien del club o de la organización del Golden Foot, que era el nombre de la gala, llegaría pronto para viajar con él. Pasaba el tiempo y nada. Yo me debatía sobre qué hacer. ¿Me presentaba y me llevaba ya la cornada o era mejor recibirla ya en Francia? Entonces abrieron el embarque y llamaron a los pasajeros en *business* a embarcar primero. Don Alfredo se levantó con mucho esfuerzo. Sus 78 años los había cumplido el 4 de julio, y los muchos de fútbol y patadas le pesaban. No lo dudé. Me fui a por él. ¡Qué fuese lo que Dios quisiera!

—Hola, don Alfredo. Soy Miguel Ángel Lara, de *Marca*, que me mandan a cubrir su viaje a Mónaco.

Me miró a los ojos y me agarró del brazo.

—Venga, ayúdame a embarcar, que estas cosas son ahora muy modernas.

No me lo creía. La cornada que yo esperaba se había convertido en una petición de ayuda de la Saeta Rubia, el futbolista más grande del mundo para muchos de los que habían visto jugar a los cuatro grandes: él, Pelé, Maradona y Cruyff. Pero no cantaba victoria.

Le ayudé a facturar. Cuando entregó su DNI, Di Stéfano dijo algo que me dejó sin palabras.

—Señorita, ¿podría poner al chaval a mi lado? Es que viajo solo.

La azafata pidió un segundo, comprobó algo en el ordenador, me pidió mi documentación y dijo que sí, que podía viajar con él en *business*. Acababa de comenzar el viaje más alucinante de todos los que he hecho con *Marca*, que no soy capaz de contar. Fueron tres días increíbles. Parecíamos nieto y abuelo. Durante el vuelo de hora y media no paró de contarme historias de todo tipo. En cuanto llegué al hotel me puse a escribir. Salió un artículo que se tituló *90 minutos con Di Stefano*. A mis jefes les encantó. No podían imaginar que en esas líneas no iba ni la mitad de la mitad de las cientos de anécdotas que me había contado don Alfredo.

—¿De verdad viaja solo?

—Mejor solo que mal acompañado —me respondió.

El viaje ya estaba amortizado por mi parte. Ya me daban igual Nedved, el príncipe Alberto y todos los invitados. De esos tres días guardo un cariño muy especial. Y muchas anécdotas. Dos por encima del resto.

La primera fue en la cena en el Casino, en la que, por cierto, logré hacer la entrevista a Nedved, un tipo encantador que me atendió a pesar de la premura de su mujer para escapar de la gala. Ya en los postres, se me acercó un camarero a decirme que Di Stefano preguntaba por mí. Desde su mesa me tenía vigilado. Allá fui.

—Estoy cansado, ¿me acompañas al hotel?

Pues claro que sí. A mí en esa cena no se me había perdido nada y cada segundo con Di Stefano era oro. Un coche esperaba en la puerta. Después de subirse, el conductor, en un castellano trabado, le dijo a don Alfredo que yo no podía ir, que era un servicio solo para los premiados y quienes tenían un pase especial.

—O el chaval viene o yo me bajo.

El conductor se quedó sin palabras, pero al ver que Di Stefano se movía para bajarse me dijo que subiera. Al llegar al hotel de las estrellas invitadas, ordenó al chófer que me acercara al mío, que estaba al lado. De nada sirvió que yo le dijera que podía ir andando. Se bajó y, sin decir nada más, el conductor me acercó a mi hotel.

La otra fue a la mañana siguiente, el día que volvíamos a Madrid. El vuelo era a media tarde. Por la mañana, como en el hotel de los premiados había mucho movimiento y personajes interesantes, me acerqué a ver si cazaba algo. Al entrar a la zona del desayuno vi a Di Stéfano compartiendo mesa con otra leyenda: Jules Fontaine, el delantero de los trece goles en el Mundial de Suecia de 1958. Le saludé con la mano, de lejos. Su respuesta fue que me acercara. Me presentó a la leyenda francesa y me pidió que me sentara con ellos. Pidió más café, *croissants* y fruta. Empezaron a contar historias, de fútbol y de su vida, de un viaje que hicieron con sus mujeres por la Costa Azul... Yo debería haber pedido un babero. Me pellizcaba para comprobar que aquello era verdad.

En ésas estábamos cuando apareció un periodista griego que yo conocía. Bastante jetilla en general. Se sentó en la mesa con poco más que un hola. Sin pedir permiso se sirvió café en una taza que estaba libre y se puso a desayunar. Di Stéfano le miraba de reojo y seguía hablando. Fontaine no hizo caso al griego. Otra mirada de Don Alfredo, pero sin decirle nada. Al rato pasó una camarera y Di Stéfano pidió la cuenta.

—El del chaval —dijo señalándome— lo carga a mi habitación. El suyo —y miró al griego— lo paga él.

Treinta euros pagó por el café y el *croissant*.

En esos tres días también hablamos de su secuestro. Era un tema del que yo tenía referencias lejanas, conocidas cuando en 1981 unos lunáticos tuvieron encerrado a Quini durante tres semanas. Yo tenía 11 años. Aquello, en una España golpeada casi a diario por los atentados de ETA, me conmocionó. Quini era el delantero de la selección española y del Barcelona. Con la inocencia de un niño trataba de entender aquel embrollo: la reivindicación que decía que un equipo separatista no podía ganar la Liga, qué podía haber detrás del Batallón Catalano-Español que reivindicaba la acción, la carta escrita por Quini encontrada en L'Hospitalet en la que decía que estaba bien pero no supuso avance alguno...

Durante esas semanas leía todo lo que caía en mis manos, que era el *Diario 16* que compraban los vecinos de arriba. Y cada tarde, a las 20.30, sintonizaba Radio Nacional de España para escuchar Radio Gaceta de los Deportes —lo hacía todos los días desde los Juegos de Moscú— para saber de Quini. Así me enteré de que muchos años atrás Di Stéfano había sido secuestrado en Caracas.

A la vuelta de Niza, fue don Alfredo quien sacó el tema. Yo me moría de ganas de preguntarle, pero me daba cosa. No sabía qué recuerdos podía tener.

—La única vez que tuve ganas de subir a un avión fue cuando volvíamos a Madrid después del secuestro.

Don Alfredo me la puso botando. Durante el vuelo de vuelta me contó muchas cosas de sus tres días de cautiverio. En una semana se iban a cumplir 41 años. El paso del tiempo y su forma de ser daban un toque de humor a lo que me contaba. Supe de la noche anterior y de un tipo que merodeaba por el hotel. De su charla con Santamaría antes de bajar a recepción y acompañar a los supuestos policías. Del momento en el que supo que estuvo secuestrado. De la liberación, los regalos de los secuestradores y cómo llegó a la embajada de España. De lo sucedido en la rueda de prensa después de ser liberado. O de lo que le susurraron entre la terminal y el avión que le llevaba de vuelta a Madrid.

Durante mucho tiempo, el secuestro de Di Stéfano, el jugador más grande de todos los tiempos, merecía un buen libro. Un gran relato. Lo tiene usted en sus manos. Puede que haya momentos en los que crea que es una novela. No. Es el fruto de un trabajo extraordinario de Jimeno José Hernández Droulers, una obra a la altura de Don Alfredo.

El secuestro de Di Stéfano

I. EL HUÉSPED DEL POTOMAC

EL 24 DE AGOSTO de 1963 Caracas amaneció tranquila. Se asomaba el sol por el lado de Petare, tiñendo las faldas del Ávila con sus gamas verdes. Trinaban los primeros pájaros y la gente salía de sus hogares para caminar por callejones, plazas y avenidas cuando lo que parecía perfilarse como un sábado apacible se convirtió, de repente, en una jornada agitada al conocerse la noticia de un crimen sin precedentes.

A las seis y media de la mañana, en el Hotel Potomac, renombrado establecimiento ubicado en la lujosa parroquia de San Bernardino, dos individuos se presentaron como agentes de la policía Técnica Judicial para informar de que necesitaban hablar con el huésped alojado en la habitación número 219.

El empleado de la recepción se excusó. Tenía prohibido interrumpir el sueño de sus clientes, a menos que solicitaran ser despertados. Eran reglas del establecimiento. Su semblante mutó cuando uno de los uniformados explicó que se trataba de una investigación por tráfico de narcóticos.

Sonó el teléfono de la habitación tres veces y atendió un hombre. El recepcionista, con voz nerviosa, le informó sobre la presencia de dos policías que deseaban hablar con él. Pensando que se trataba de una broma que le gastaba alguno de sus compañeros, el huésped respondió en tono disgustado.

—Si quieren hablar conmigo que suban ellos.

En menos de dos minutos, los supuestos oficiales estaban frente a la puerta de la habitación junto al recepcionista. Tocaron un par de veces y escucharon movimiento dentro. Unos segundos después abrió un personaje rubio, medio calvo, atlético, todavía en pijama y con aspecto de recién levantado. Su rostro se mostraba confundido.

El huésped preguntó con su marcado acento extranjero el motivo de la visita, más a esas horas de la mañana. Uno de ellos, el más joven, con cara de niño, le notificó que debía acompañarlos a la comisaría para prestar declaración por un caso de narcotráfico.

El huésped casi suelta una carcajada. Pensaba que los chicos le querían tomar el poco pelo que aún le adornaba la cabeza. Pero su intuición le hizo comprender que no era momento para risas.

Creyó que podía ser víctima de una confusión, quizás anotaron mal el número del cuarto, pero de buena fe decidió colaborar con las autoridades y pidió que esperaran afuera mientras se cambiaba. José Emilio «Pepe» Santamaría, su compañero de habitación, intentó convencerlo de que no se fuera con ellos. Debía de tratarse de una equivocación. Vestido con camisa deportiva verde, pantalones marrones y zapatillas blancas, el huésped desatendió el consejo de José Emilio, abandonó el cuarto y bajó escoltado hasta el *lobby* por los oficiales.

El huésped le pidió al recepcionista hacer una llamada. Entretanto, uno de ellos tomó un ejemplar del taco de periódicos que reposaba sobre una mesa. Un titular mostraba el resultado del partido del día anterior en el Trofeo de la Ciudad de Caracas, también conocido como «la pequeña Copa del Mundo». Se trataba de un torneo internacional de clubes de fútbol que se estaba disputando en el Estadio Olímpico de la modernísima Ciudad Universitaria de la ucv.

El São Paulo había vencido al Real Madrid por 2-1 en un partido reñido que tuvo entre sus principales espectadores a la primera dama y a la hija del presidente de la República, Rómulo Betancourt. El descanso del partido se prolongó debido a un imprevisto. Fuera

del estadio, detonó una ráfaga de disparos que causó que una avalancha de espectadores invadiera el césped y, como consecuencia, un retraso de media hora en el inicio de la segunda parte, que comenzó con empate a uno.

En la nota pudo leer que el gran ausente del encuentro fue el delantero estrella del equipo merengue, Alfredo Di Stéfano, quien no jugó debido a un malestar estomacal y a dolores lumbares. En la fotografía que acompañaba a la noticia aparecía retratado el mismo personaje que tenían bajo custodia. No estaban equivocados: se trataba del individuo que buscaban. Tenían al hombre correcto. Únicamente faltaba sacarlo del edificio.

El jugador le solicitó al recepcionista que, al lograr conexión, pidiera hablar con Damián Gaubeka, organizador de la gira del Real Madrid en Venezuela. Debía explicarle lo sucedido y exigir que se comunicara con el vicepresidente del club blanco, Raimundo Saporta, o los directivos Francisco Muñoz Lusarreta y Agustín Domínguez. El oficial joven, de rostro lampiño, tomó nota en su libreta de los números, nombres y órdenes dictadas por Di Stéfano. Y, aprovechando que el recepcionista no conseguía línea, apuró el trámite de convencer al jugador sin mucha explicación: debían presentarse en la comisaría cuanto antes.

En la calle, uno de ellos, el mismo que había anotado los datos en su libreta, señaló el vehículo que debían abordar, distinto a las patrullas que el futbolista había visto circulando por Caracas. El chófer aguardaba en la esquina con un cigarrillo chupado hasta la colilla. Al verlos, se deshizo de ella con un gesto elegante para luego arrancar el motor. Con un silbido, indicó a los tres que se apuraran.

Di Stéfano hizo lo que le indicaron. Fue el primero en montarse en el automóvil. El joven de la libreta se metió por la misma puerta, y el moreno de barba por la otra, quedando Di Stéfano atrapado entre los dos.

El vehículo hizo chillar los neumáticos y se alejó del Potomac a toda velocidad. Anduvo durante dos cuadras con todos sus tripu-

lantes en silencio hasta que Alfredo, un poco asustado, preguntó por qué tenía que prestar declaración en la jefatura. Entonces, el chófer le bajó el volumen a la radio.

—No somos policías... Esto es un secuestro —dijo el joven de la libreta.

El rostro de Di Stéfano drenó colores hasta quedar pálido, tan blanco como el uniforme del Real Madrid. Los secuestradores intentaron apaciguar sus nervios diciendo que no tenían nada contra él y que lo que menos deseaban era hacerle daño. No había razón para temer por su vida.

—Será nuestro huésped por un rato, únicamente para darle publicidad al movimiento. Eso y nada más.

Le pidieron que no se moviera mientras le vendaban los ojos. «¿Ve algo?», preguntó uno. Por una abertura de la venda, el futbolista podía ver sus zapatos blancos y una metralleta al lado del barbudo, pero dijo que estaba ciego.

—Agáchese y baje la cabeza, pegada a las rodillas, por nada del mundo vaya a subirla, que si nos agarra la Policía se prende un tiroteo.

El coche se movió unos minutos en línea recta por la avenida Vollmer, uno de los pocos nombres que pudo memorizar de calles y lugares durante su breve estadía en aquella ciudad. Caracas era conocida como «la sucursal del cielo», pero para él se convertiría, a partir de ese instante, en la sede del propio infierno.

Al girar a la derecha en una esquina de la avenida, se perdió en el mapa. Dejó de saber dónde se hallaba, aunque le preocupaba más dónde podía terminar. Unos minutos después de que Di Stéfano supiese que la guerrilla lo acaba de secuestrar, el recepcionista del Hotel Potomac pudo por fin comunicarse con Gaubeka. Con voz de alarma informó al empresario que la Policía Técnica Judicial acababa de llevarse a Di Stéfano. Estaban en camino a la comisaría, supuestamente para prestar testimonio en un caso de drogas.

Gaubeka solo pudo agradecer al recepcionista del hotel, darse por informado y solicitar que lo llamaran si se enteraban de más detalles. Alejó el auricular del oído para colgar el teléfono con tal fuerza que hizo sonar la campanilla. No entendía nada de nada. Pasó unos minutos callado intentando pensar el orden de las múltiples llamadas que debía hacer. En mitad del ajeteo, lo primero que se le ocurrió fue contactar a la policía. Quería cercionarse de que Di Stéfano hubiese llegado a la comisaría y presentarse allí con un abogado para prestarle asistencia legal.

Esperó un tiempo prudencial y llamó a una jefatura de la P.T.J. Explicó que, como responsable de la gira en Venezuela del Real Madrid, demandaba conocer la razón por la que dos oficiales de la P.T.J. se habían llevado a Di Stéfano. La persona que lo atendió quiso saber quién le había dado esa noticia. Gaubeka le explicó lo relatado por el recepcionista del Potomac. Olió que había gato encerrado al instante, dado que el individuo con quien hablaba emitió un silbido y pidió que aguardase un momentito, antes de escuchar la palma de su mano tapar el altavoz para que no se oyera lo que hablaba del otro lado de la línea.

Para su sorpresa, Gaubeka se enteró de que la policía no había enviado ninguna patrulla al Potomac, y menos por un caso relacionado con tráfico de estupefacientes. Además, en la comisaría no se había presentado ningún futbolista.

Entonces llegó el instante de pavor, de esbozar el peor de los escenarios y de tomar decisiones acertadas con frialdad. Pidió que enviaran inmediatamente patrullas hasta San Bernardino. El oficial quiso saber la razón, por lo que Gaubeka explicó que unos desconocidos se habían llevado a Di Stéfano y estaba desaparecido. Era imperativo brindar seguridad al resto del equipo.

Al instante llamó al Potomac para revelarles a Miguel Muñoz, el técnico del equipo merengue, que algo extraño estaba sucediendo y que pronto el hotel sería visitado por la policía.

Después de comunicarse con el recepcionista, tomó la pluma y comenzó a redactar una lista. El primer nombre que escribió fue el de Santiago Bernabéu, presidente del Real Madrid. Él debía ser el primero en enterarse de lo sucedido, antes que los directivos Saporita, Muñoz Lusarreta y Domínguez, en quienes recaería la responsabilidad de darle la noticia a la familia del jugador más famoso del Real Madrid.

El sonido del rasgar de la pluma sobre el papel y el eco de sus pensamientos le hicieron perder la noción del tiempo mientras se hallaba absorto en dilucidaciones sobre cómo manejar la situación. Se vio interrumpido de su aturdimiento cuando sonó el teléfono. Tal vez llamaban de la comisaría o del hotel para decir que Di Stéfano había llegado a cualquiera de los dos sitios, elucubró Gaubeka. Atendió y escuchó la voz de un desconocido quien preguntó si hablaba con Damián Gaubeka. Apenas dio el sí, esta procedió a confirmar el peor de sus temores.

—Alfredo Di Stéfano no está en poder de la policía. Lo secuestramos nosotros, las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional. No sufrirá ni un rasguño. Pronto será liberado.

Antes de que Gaubeka pudiese reaccionar, el extraño colgó, dejando muerta la línea.

Si lo anterior fue miedo, Gaubeka se dejó abordar por el terror después de oír aquella frase. No era para menos; primero le decían esto, después aquello; a cualquiera le da un ataque de nervios. Pidió conexión directa para llamar a Madrid, pero en esa época cruzar los cables al exterior tomaba tiempo. La impaciencia de seguir esperando y mantenerse pegado al aparato, prorrogando sus acciones, le llevó a la idea de hablar directamente con el embajador de España. Don Matías Vega Guerra podía comunicarse con la gente del Real Madrid; podía también hacer llegar la noticia y el reclamo a oídos del presidente Betancourt, o de sus ministros de Relaciones Exteriores e Interiores, para que se pusiera en marcha un operativo con el fin de rescatar al rehén.

Cuando le contó al diplomático lo acontecido, Gaubeka le rogó que hablara cuanto antes con la directiva del club y que llamara también al Palacio de Miraflores; había que garantizar la colaboración del Gobierno a la hora de resolver este asunto. Él tenía que presentarse en el hotel a la mayor brevedad posible.

Eso sí, antes de despedirse, Gaubeka expuso la necesidad de avisar a los periódicos. Él se ocuparía de eso apenas llegara al Potomac.